



Marta
El año segundo de sus escursiones evangélicas, Jesucristo había recorrido la Galilea, multiplicando en ella los milagros, señales manifiestas de su misión. La fé de sus oyentes no había universalmente correspondido ni al poder de sus obras ni á la santidad de su palabra: dejó, pues, aquella tierra ingrata, pronunciando contra ella este anatema terrible: "¡Ay de tí, Corozain! ¡Ay de tí, Betsaida! Pues si Tiro y Sidon hubiesen visto los prodigios que he obrado á vuestros ojos, hubieran en otro tiempo hecho penitencia en el cilicio y la ceniza. Por esto os digo que Tiro y Sidon serán tratadas con menos rigor que vosotras en el día del juicio." Y para señalar en seguida la causa habitual de la oposición de



MARTA.

Martha, Martha, sollicita es et turbaris erga plurima. Porro unum est necessarium.
(Luc. X. 41. 2.)

Hospita que Christum accepisti, Martha, precare Hospes ut nobis, hospes ut ille tuus.
(Offic. brev. Atencion.)

En el año segundo de sus escursiones evangélicas, Jesucristo había recorrido la Galilea, multiplicando en ella los milagros, señales manifiestas de su misión. La fé de sus oyentes no había universalmente correspondido ni al poder de sus obras ni á la santidad de su palabra: dejó, pues, aquella tierra ingrata, pronunciando contra ella este anatema terrible: "¡Ay de tí, Corozain! ¡Ay de tí, Betsaida! Pues si Tiro y Sidon hubiesen visto los prodigios que he obrado á vuestros ojos, hubieran en otro tiempo hecho penitencia en el cilicio y la ceniza. Por esto os digo que Tiro y Sidon serán tratadas con menos rigor que vosotras en el día del juicio." Y para señalar en seguida la causa habitual de la oposición que

encontraba entonces el Evangelio y que debía encontrar mas tarde, Jesús felicitó á los humildes y á los pequeños el haber prestado, mas dócil oído á las doctrinas del cielo. En efecto, los pobres, los aflijidos, los ignorantes, en una palabra, los desheredados de la tierra son mas propensos y mas esforzados para creer, que los dichosos, los filósofos y los ricos; parece que el sentimiento de la propia debilidad prepara y conduce al hombre á la verdad y á la virtud, mientras que la superioridad de fortuna, de talento ó de poder, por precaria ó miserable que sea, le hace de ordinario locamente soberbio y rebelde á Dios, insolente y duro hácia sus semejantes.

Desde la alta Galilea, avanzaba Jesús con direccion á Jerusalem, en donde le aguardaba aquel suplicio que salvó al mundo. En las fronteras de la Samaria no quisieron recibirle: indignados los discípulos, pedían á grandes voces que se hiciesen bajar rayos del cielo sobre las cabezas de aquellos culpables. "Vosotros no sabeis á qué espíritu pertenecéis, les dijo Jesús; el Hijo del Hombre no ha venido á quitar la vida, sino á darla." Y continuó su camino. En la parte meridional de la Galilea, no lejos de Naim, entró en un lugarcito, y allí una muger, llamada Marta, le recibió en su casa.

Marta tenia por hermana á María Magdalena, y por hermano á Lázaro, que pertenecian á una familia distinguida del país. Parece que Marta era la mayor, pues se cita siempre como la primera, y sin duda que por esta calidad se la vé hacer á Jesucristo los honores de la casa, y desplegar mas que nadie los cuidados de la hospitalidad. Su hermana María era de un natural menos activo: mostrábase igualmente muy gozosa en ver al Salvador, pero para oírle y vivir de aquella vida interior, primera necesidad de las almas, que mueve y llena el sentimiento de objetos celestiales.

Llegado que hubo Jesús á esta familia, á la cual se dignaba amar con predileccion, María Magdalena se quedó sentada á sus piés escuchándole. Marta, llena de solicitud, procuraba que nada faltase á su huésped divino, pero viendo que María permanecía tranquila, con aire de candida ingenuidad dijo: "Señor, ¿no veis que mi hermana me deja servir sola? Decidle os ruego que venga á ayudarme." Pero el Señor, que pidió agua á la Samaritana para tener ocasion de comunicarle el agua viva de su doctrina, y que si se revistió con la flaqueza de nuestra carne fué para sostenernos con la fuerza de su espíritu, el Señor recibió de Marta los obsequios de hospitalidad para alimentarla con el pan de la verdad y de la vida. Respondiéndole, pues: "Marta, Marta, mucho os apresurais, y os conturbais con el cuidado de muchas cosas. Sin embargo, una sola cosa hay que sea necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le

será por cierto quitada." No dijo esto el Señor con el fin de vituperar á Marta, pues ésta tuvo tambien su recompensa, es decir, el don de la fé y de la caridad; sin solo queria recomendar la noble ocupacion de María, que tanta influencia tiene en los destinos del alma humana.

Porque es preciso saber que la antigüedad eclesiástica ha visto siempre en estas dos mugeres el doble simbolo de la vida activa y que se derrama en obras buenas, y de la vida contemplativa que se consume en el ardor de la plegaria. Alimentar á los hambrientos, dar de beber á los que tienen sed, vestir á los desnudos, socorrer en ellos al Hijo de Dios, es una vocacion santa, y hasta cierto punto es un riguroso deber, que por no haber cumplido serán muchos escluidos del reino de los cielos. Pero fijar sobre nuestra alma inmortal una atenta mirada, dar un lugar á Dios en nuestro espíritu y en nuestro corazon; es una ocupacion que seria honorífica, aun cuando no fuese estrictamente necesaria. Si es muy justo honrar á cualquiera que se consagra á su familia, á su patria, á la humanidad, es aun mucho mas razonable consagrarse á Dios, autor de la familia, supremo defensor de la patria, y padre de la humanidad. Por lo demas, en vano seria todo conato para desterrar á Dios del pensamiento y del corazon de los hombres. Dios recobra por la justicia lo que de él se escapa por la libertad: inocentes ó culpables, le hallamos en el término de todas nuestra sendas: la creacion no es mas que un templo y la tierra un altar, en donde el hombre, sacerdote y víctima, debe inmolarse y morir, logrando en su muerte una nueva vida, como aquel pájaro maravilloso que nos pinta la antigüedad haciéndose él mismo su hoguera en donde el sol introduce el fuego, consumiéndose en medio de las llamas con todo lo que tiene de mortal, y saliendo de sus cenizas con el resplandor de su renovada juventud.

Se cree que Lázaro, Marta y María Magdalena dejaron la Galilea antes que su Maestro y amigo divino, y fijaron su residencia en Judea, no lejos de Jerusalem. Es cierto, en todo caso, que ellos habitaban en el lugar de Betania, á quince estadios ó tres cuartos de legua de la ciudad santa, durante los seis meses que precedieron á la muerte del Salvador.

Cuando Jesús estuvo á la otra parte del Jordan, por haber tenido que huir de Jerusalem á causa de la persecucion de los judios, suscitada por lo que les habia dicho en el templo, Lázaro cayó enfermo en Betania, y sus hermanas en viaron á decir á Jesús: "Señor, aquel á quien vos amais está enfermo." Sabiendo Jesús el prodigio que habia de obrar, dijo á los que le rodeaban: esta enfermedad no tiene la muerte por término, sino que es para la gloria de Dios, á fin de que el Hijo de Dios sea por ella glorificado." Ved ahí una prueba clara y precisa, de cuya verdad deci-

dirá el sucesos, bien que en tales circunstancias no puede ser de modo alguno sospechoso. Mas adelante se verá si esta enfermedad acarregó al Hijo de Dios alguna gloria. Jesús se hallaba á la otra parte del Jordán y profesaba un afecto particular á los tres hermanos. Cuando oyó que Lázaro estaba enfermo, quedóse aún dos días en el mismo lugar, y pasados estos dijo: "Volvamos á Judea."—"Maestro, le manifestaron sus discípulos, poco hace que los judíos querían apedrearos, ¿y queréis volver allá otra vez?" Mas Jesús, queriendo enseñarles que todo detiene y arredra á cualquiera que se agita en las tinieblas de los pensamientos terrestres, y que nada sirve verdaderamente de obstáculo al que avanza al resplandor de la celeste voluntad, les respondió: "Pues qué, ¿no son doce las horas del día? El que anda de día no tropieza porque vé la luz de este mundo. Al contrario, el que anda de noche, tropieza porque le falta aquella luz."

Así dijo, y añadiéndoles despues: "Lázaro nuestro amigo duerme, confundiendo con sus discípulos, pero yo voy á despertarle de su sueño." Y creyendo los discípulos que se trataba de un sueño comun, le contestaron: "Señor, si duermes, sahará." El divino Maestro les dijo entonces claramente: "Lázaro ha muerto, y á causa de vosotros me alegro de no haber estado allí, para que creais. Pero vamos á él." En cuanto á ellos, estaban convencidos los discípulos que si Jesús volvía á Judea, le darían la muerte, y quizás también á los que le acompañaban. Y por eso Tomás, por otro nombre Didimo ó Gemelo, viendo que no podían disuadir á Jesús de ir á Jerusalem en donde debían matarle los judíos, dijo á sus compañeros: "Vamos también nosotros, y muramos con él."

¿Quién dudará de la verdad de esta narracion tan natural como verídica? ¿Era interés de Jesús el dejar morir á Lázaro, siendo capaz de resucitarle? Y si hubiese querido fugir el resucitarle, ¿era prudente el diferir su regreso por tanto tiempo? ¿Conveniale, en fin, el comprometerse tan claramente á restituirle la vida, antes de hallarse en los lugares del hecho, y de examinarlo todo por sí mismo?

Habia ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro, cuando llegó Jesús. Multitud de judíos habian venido á Betania para consolar y participar del dolor de las dos hermanas. La muerte de Lázaro era, pues, pública en Jerusalem, por cuanto habian venido varias personas á Betania, como hemos indicado, para consolar á las dos hermanas, y todas estas personas sabian desde que tiempo estaba Lázaro en el sepulcro. ¿Quién hubiera escogido tanta compañía de testigos, un tal lugar, tanta proximidad á Jerusalem, una familia que era allí tan conocida, á tener la mas remota idea de alucinar al público?

Luego que Marta supo que venia Jesús, salió luego á su encuentro, quedándose María en casa. Al ver á Jesús, prorumpió en amargo llanto, y le dijo, postrándose á sus pies: "Señor, si hubiérais estado aquí, no habria muerto mi hermano; bien que estoy en la persuasion de que ahora mismo os concederia Dios cualquiera cosa que le pidiereis." Dilece Jesús: "Tu hermano resucitará." Y Marta le respondió: "Bien sé que resucitará en la resurreccion universal, que será en el último día." Y replicó Jesús entonces: "Yo soy la resurreccion y la vida: el que cree en mí, aunque hubiere muerto vivirá: y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?" Respondióle la afligida Marta con un acento de fervor y de fe: "¡Oh Señor! si que lo creo; y que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo que has venido al mundo."

Jesucristo nunca habia hablado aún de una manera tan fuerte y tan precisa. El mismo dice que es la resurreccion y la vida: exige de Marta que le crea sin vacilar, y que le confiese el Hijo de Dios vivo, y le asegura que su hermano resucitará no solamente en el último día, sino dentro de pocos momentos. Si esto último se verifica, ¿cómo no creer lo demas? Pero esto mismo nos mueve á examinar con la mas rigida escrupulosidad, si Lázaro está realmente muerto y si el hecho es tan cierto como se dice.

Despues de aquellas palabras de Marta, llenas de la mas tierna y ardiente fe en las grandes verdades de la religion, vá á decir en secreto á su hermana María: "Está aquí el Maestro y te llama." Apenas oye esta indicacion María Magdalena, levántase apresurada, y corre al encuentro de Jesús, que no habia entrado aún en la aldea, y permanecia en aquel mismo sitio en que Marta le habia salido á recibir. Circunstancia puesta no sin designio, para alejar toda sospecha de colusion y de concierto, y para manifestar que todo pasó en público y á la presencia de todo el mundo.

Los judíos que consolaban á María, viéndola levantarse tan precipitada y salir, creyeron que iba á llorar sobre el sepulcro de su hermano. Estos testigos, siendo judíos, están libres de toda sospecha. La opinion que María les merece, prueba que todo cuanto aqui sucede es de la mayor gravedad, y que es grande el dolor de esta hermana. Dispone la Providencia que todos ellos la sigan, pues van á presenciar todo lo demas de este grandioso acontecimiento.

Arrojase á los pies de Jesús, así que le vé, y esclama como su hermana: "Señor, si hubierais estado aquí, no se habria muerto mi hermano." Jesús, al verla llorar y al ver cómo lloraban tambien todos los judíos que la seguian, el Dios hecho hombre, sintió un estremecimiento en su alma

y se conmovió con un sentimiento de la mas tierna piedad. "¿Dónde lo pusisteis? exclamó." "Venid, Señor, le dijeron, y le veréis." Entonces á Jesus se le arrastraron los ojos en lágrimas. "¿Quién puede pensar en oponerse á la realidad de todas estas circunstancias? ¿y qué desconfianza, por tenaz que sea, no debe ceder á las lágrimas de los asistentes, y á las del mismo Jesucristo? Aguardemos, no obstante, que vayán al sepulcro: la vista de aquel lugar hará una impresion fuerte sobre los sentidos: y toda vez que se trata de justificar la muerte, la mejor prueba para convencernos, es el sepulcro." "Viendo los judios llorar á Jesus, dijeron entre sí: "Mirad cómo le amaba! Y algunos de ellos añadieron: "Pues, ¿cómo éste, que abrió los ojos de un ciego de nacimiento, no pudo hacer que Lázaro no muriese?" Estas reflexiones deben tener para nosotros mucho valor, porque prueban que Jesucristo estaba realmente conmovido, y que su dolor era mirado por los judios, no solamente como un efecto de amistad, sino tambien como una señal de debilidad y de impotencia con respecto á la muerte, lo cual acaba de persuadir, que según ellos, era indudable y sin remedio. Mucha atención merece tambien lo que dicen sobre el ciego de nacimiento: he aquí un testimonio brillante ó irrecusable, sin asomo de sospecha en las personas de donde procede. "Por fin, prorumpiendo Jesus en nuevos sollozos, que le salian del corazón, vino al sepulcro, que era una gruta cerrada con una grande piedra, como los ricos tenian de costumbre hacerse enterrar." Dijo entonces el Salvador: "Quítad la piedra." Pero Marta le respondió, "Señor, mirad que ya hiede, pues hace ya cuatro dias que esta ahí." Confesará tal vez cualquiera que reflexione, que le sorprende esta advertencia salida de la boca de Marta, tan llena de fe, y á la cual habia dicho Jesucristo en terminos precisos que su hermano resucitaria, y á quien habia asegurado que el mismo era la resurreccion y la vida, exijiendo de ella que así lo creyese. Pero penetrará al mismo tiempo el observador, que la dejaron atónita las dificultades, cuando en aquel momento decisivo las comparó con el desigmo de Jesucristo, y como ella misma quedó aterrorizada de los obstáculos que debia vencer el Señor. Pero su temor es el que ha de desvanecer el nuestro, pues vemos, á no poderlo dudar, que todo lo que vá á seguirnos verdadero y sincero; y que la corrupción ha desfigurado ya aquel cuerpo que cuatro dias hace se halla en el sepulcro.

Respondió, pues, Jesus á Marta: "No te he dicho yo que si creyeras verdas, la gloria de Dios?" como inculpándola suavemente su falta de fe. Quitóse, pues, la piedra, y Jesus, fijand sus miradas al cielo, dijo: "Oí"

Padre! gracias te doy porque me has oido; verdad es que por mi siempre me oyes; pero lo he dicho por razon de ese pueblo que está alrededor de mí, con el fin de que crean que tú eres el que me has enviado." Suspenso estaban todos de los labios de Jesus, mudos y casi sin respirar: reinaba en aquel recinto el silencio de aquellos momentos solemnes en los cuales se aguarda un gran prodigio, ó uno de aquellos acontecimientos asombrosos que deciden, por decirlo así, de nuestros destinos, ó que van á marcar un rumbo á nuestra existencia. Jesus entonces, con aquella voz que sacó los mundos de la nada, á la luz de la verdad las inteligencias extraviadas en la noche de sus errores, y reanima el cadáver de una voluntad pervertida, dió sus órdenes á la muerte: gritó, pues: "Lázaro, sal fuera." Al momento el cadáver se incorporó prodigiosamente sobre sí mismo, y pareció animado, y Lázaro salió, atados aun con fajas sus piés y manos y tapado el rostro con un sudario. Y continuó Jesus: "Desatadle, y dejadlo ir." Qué asombro! qué poder! La mayor parte de los judios que habian venido á consolar á Marta y á Maria, tuvieron fe en Jesucristo, cuya palabra ejercia sobre la muerte un imperio tan prodigioso y tan divino. Los demas querian hacerle perecer, como si pudiese ahogarse la verdad en la sangre del que la predica, ó como si Dios, que reanima el polvo de los muertos, no pudiese á su arbitrio enervar y abatir la mano de los vivos.

Este grandioso suceso, uno de los que marcaron con mas brillo y evidencia la divinidad del Salvador, y en el que Marta tuvo no pequeña parte, merece ser examinado con alguna detencion, porque es un consuelo para la fe, y un aliento para la incertidumbre que vacila. El pone el sello á la serie de maravillas de la vida adorable, de Jesus sobre la tierra, antes de su Pasion, y antes de que nos legase á sí propio como en testamento de amor. Aprovechamos esta oportunidad para poner ese gran prodigio á la luz de la evidencia, antes de concluir el último cuadro de las Mujeres de la Biblia.

Oigamos lo que dice un célebre y moderno apologista de los principios de la fe cristiana, acerca de las pruebas de la realidad de esta resurreccion, y las consecuencias legítimas y necesarias de semejante prodigio, que lo prueba todo, probando que Jesucristo es la resurreccion y la vida.

Antes de abandonarme á los transportes de la mas pura alegría por tan asombrosa resurreccion, quiero acercarme para considerar á Lázaro antes que se le desate de sus ligaduras. Examiné el sudario que por sí solo le hubiera ahogado si hubiese estado vivo: contemplo sus brazos y

sus piernas atados con fajas, según costumbre de los judíos, y no sé comprender qué virtud, qué poder, qué fuerza le ha arrojado del sepulcro, no pudiendo tener por sí mismo el menor movimiento. Veo por fin, cuando se le descubre el rostro, que está lleno de vida, y hasta de salud, y que solo espera para andar libremente, que se le deje libre de sus ataduras, cuya operación se le hace con la mayor premura. Y entonces ¡ah! ríndome á los pies de Aquel que acaba de probar de un modo tan sorprendente como inaudito, que es el Mesías, enviado por el Padre celestial, y que es en verdad la resurrección y la vida, pues anima con una sola palabra un cadáver infectado ya por la corrupción.

Desea únicamente que tan admirable y ruidosa resurrección hubiese tenido consecuencias; y que estas consecuencias de tal manera formasen parte de la historia de Jesucristo, y estuviesen con ella tan invisceradas, que no fuese posible el separarlas. Continúa, pues, la lectura, y encuentro aun mas de lo que deseaba.

“Con esto, dice San Juan, muchos de los judíos que habían venido á visitar á María y á Marta, y vieron lo que Jesús hizo, creyeron en él. Mas algunos de ellos se fueron á los fariseos, y les contaron las cosas que Jesús había hecho. Entonces los pontífices y fariseos juntaron consejo y dijeron: ¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros. Si lo dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nación. En esto, uno de ellos, llamado Caifás, que era el sumo pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros nada entendeis en esto, ni reflexionais que os conviene el que muera un solo hombre por el pueblo, y no perezca toda la nación. Mas esto no lo dijo de propio movimiento; sino que como era el sumo pontífice en aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación, y no solamente por la nación judaica, sino tambien para congregar en un cuerpo á los hijos de Dios que estaban dispersos. Y así, desde aquel día, no pensaban sino en hallar medio de hacerle morir. Por lo que Jesús ya no se debía ver en público entre los judíos; antes bien, se retiró á un territorio vecino al desierto de la ciudad, llamado Efrém, donde moraba con sus discípulos.”

Los sacerdotes y el consejo no se espolen á examinar la verdad del milagro, como lo habían hecho con respecto al ciego de nacimiento. La consideracion de que gozaban Lázaro y sus hermanas, que no eran de la infima plebe, el número de testigos que eran asimismo personas de distincion, y que á su vuelta habían llenado Jerusalem con la fama de esta noticia, y sobre todo, el temor de anadir un nuevo brillo y realce á un milagro que ellos anhelaban sofocar, si daban muestras de dudar de él, les

llevaron á resolver definitivamente la muerte de Jesucristo, y á poner de este modo fin á sus milagros. El dicho de Caifás, que se ha hecho célebre, de que convenia que un solo hombre muriese por el pueblo, y el retiro de Jesucristo hacia el Desierto, son otras tantas pruebas de esta deliberacion.

“Seis dias, empero, antes de la Pascua, volvió Jesús á Betania, donde de Lázaro había muerto, y á quien Jesús resucitó. Aquí le dispusieron una cena. María servía, y Lázaro era uno de los que estaban en la mesa con él. Y María tomó una libra de unguento, ó perfume de nardo puro y de gran precio, y derramólo sobre los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos, y llenóse la casa con la fragancia del perfume. Por lo cual, Judas Iscariotes, uno de sus discípulos, aquel que le había de entregar, dijo: ¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos dineros para limosna de los pobres? Esto dijo, no porque él pasase algun cuidado de los pobres, sino porque era ladrón ratero, y teniendo la bolsa, llevaba el dinero que se echaba en ella. Esta ocasion determinó á aquel traidor á ir á encontrar los principes de los sacerdotes y decirles: ¿Qué queréis darme, y yo le pondré en vuestras manos? Y convinieron en darle treinta dineros de plata.”

Ved ahí una serie de hechos de una gran consecuencia, é intimamente enlazados uno con otro. Jesús deja su retiro al acercarse la Pascua, época en que Jerusalem se llenaba de una multitud infinita de judíos; viene á Betania, y en casa de un hombre muy conocido, llamado Simon el Leproso, porque en efecto lo había sido, se prepara la cena. Lázaro es uno de los convidados, asisten allí sus dos hermanas, Marta y María, y ésta derrama sobre los pies de Jesucristo, y despues sobre su cabeza, un precioso perfume. Esta profusion desagrada á Judas, el cual va á encontrar los sacerdotes para venderles á su Maestro, y recibe de ellos treinta dineros de plata. ¿Cómo es posible separar estas circunstancias? ¿Cómo negar la cena ó el convite? ¿Cómo negar la efusion del perfume? Lázaro es uno de los convidados. ¿Cómo puede negarse su anterior muerte? ¿Y su resurreccion puede estar atestiguada de una manera mas solemne? ¿Judas mismo, avaro, murmurador, pérfido, no pone el último sello á la certitud de los hechos? ¿Es su crimen una ficcion? ¿Pudo acaso ser inventada la ocasion de su crimen? ¿Es quimérico el precio con que se contentó? ¿Y no merece asimismo alguna atencion la profecía de Zacarías, que tan claramente lo predijo tantos siglos antes?

Mas ved aún algo de mas fuerte: “Una gran multitud de judíos, luego que supieron que Jesús estaba en Betania, vinieron allí desde Jerusalem, no solo para ver á Jesús, sino tambien para ver á Lázaro, á

“quien había resucitado de entre los muertos. Por eso los principes de los sacerdotes deliberaron quitar tambien la vida á Lázaro, visto que muchos judíos por su causa se apartaban de ellos, y creían en Jesus.” La curiosidad de los que venían á Betania, es una consecuencia natural de la verdad de la resurreccion de Lázaro; y su fé en Jesucristo es otra consecuencia de lo mismo, si bien que dependiente de la gracia de Dios. Uno y otro suceso debieron enfurecer á los sacerdotes y á los fariseos, enemigos de Jesucristo: y aunque nadie podia esperar una resolucion tan cruel y tan insensata como la de quitar la vida á Lázaro, como si se hubiese podido impedir que Jesucristo segunda vez se la restituyese, en tan bárbaro desiguio, inspirado por la rabia de la desesperacion, y en todo lo demas, veo pruebas públicas del milagro que escita la curiosidad de muchos, induce algunos á que crean, y enfurece á los que no pueden oírle.

Por fin, “al dia siguiente, una gran muchedumbre de gentes que habian venido á la fiesta (de la Pascua), habiendo oido que Jesus estaba para llegar á Jerusalem, cojieron ramos de palmas, y salieron á recibirle, gritando: ¡Hosana! Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el rey de Israel. . . Y la multitud de gentes que estaban con Jesus cuando llamó á Lázaro del sepulcro, y le resucitó de entre los muertos, daba testimonio de él. Por esta causa salió tanta gente á recibirle, por haber oido que habia hecho este milagro. En vista de lo cual, dijeronse unos á otros los fariseos: ¿Veis cómo no adelantamos nada? Hé aqui que todo el mundo se va en pos de él.” ¿Cabe en la posibilidad el negar que Jesucristo hiciese su entrada en Jerusalem como lo refieren los evangelistas? ¿Se ha de considerar como fabuloso el concurso del pueblo que iba delante de él con palmas y grandes aclamaciones? ¿Puedo acaso cercenarse en el relato de los evangelistas este suceso tan público de las circunstancias que le acompañan? ¿Y puede hallarse una razon mas natural de este concurso y de este triunfo, que la resurreccion de Lázaro, de la cual muchos habian sido testigos, y de la cual ya nadie dudaba absolutamente?

Despues de tantas pruebas de todo género, atestadas unas sobre otras, no me queda mas sino preguntar á cualquiera que no se sienta agobiado por su peso, lo que necesita para darle plena certitud de una resurreccion, rogarle que concierte el mismo las pruebas á que cederia, y meditar detenidamente los medios de que se serviria para asegurarse primeramente de la muerte, y despues de la resurreccion. Y estoy intimamente convencido, que despues de haber agotado su discurso, no presentará uno y otro suceso con tanta evidencia como la muerte y la resurreccion de Lázaro, y que la verdad, de que parece no estar satisfecho, superará de mucho todos los esfuerzos que haya hecho su imaginacion para sustituirle.

Acabo de poner á la vista de cualquier entendimiento sensato y razonable la manera con que la Divina Providencia le ha facilitado el examen de la religion cristiana en la historia de un solo milagro, porque este milagro prueba invenciblemente que Jesucristo es el Mesías, pues dice públicamente que le obra para probarlo, y que él es la resurreccion y la vida; esto es, principio de la una y de la otra, y por consiguiente Dios, y antes de obrarle, se atribuye estas augustas calidades, exijiendo que se crea ciertamente que las tiene. ¿Puedo en esto haberme equivocado? Si Jesucristo es el Mesías, si es Dios ¿no queda ya probado todo? ¿Y qué otro deber nos incumbe, despues de esta demostracion, sino escucharle y obedecerle?

¿Habrá acaso razon para disculpar la inescusable pertinacia del que se obstine en negar un milagro cuya verdad es tan sensible, y está tan necesariamente enlazada con un número considerable de circunstancias, de que no puede dudar sin atacar todos los fundamentos de la historia? ¿Obraria con prudencia cualquiera que prefiriese una ciega y eternamente funesta tenacidad antes que dar crédito á un hecho tan autorizado? ¿Y qué uso haria de su razon continuando en prestar oídos á dudas sobre ciertos puntos de religion, quedando convencido por esta sola prueba que ninguna de estas dudas puede ser fundada, pues todas quedan aqui destruidas y arrancadas de raiz?

¿Pero será posible, se me responde, que la resurreccion de un hombre enterrado de cuatro dias, sucedida en un punto tan inmediato á Jerusalem, no hubiese convertido á todo el mundo? A esto respondo, que muchos quedaron conmovidos por este milagro, y creyeron en Jesucristo; pero que esta fé, si fué sincera, no fué efecto del milagro exterior, el cual tan solo dió ocasion á ella: que el pueblo estaba dispuesto á creer, prueba de ello la prisa con que se agolpó delante de Jesucristo y las aclamaciones con que le recibió cuando hizo su entrada en Jerusalem; pero que se vió privado de seguir su deseo y sus inclinaciones por la mancomunion de los sacerdotes y de los fariseos, que tenian la principal autoridad en la religion; que la ignominia de la cruz tan diametralmente opuesta á sus preocupaciones y á sus esperanzas, corrió despues un velo delante de sus ojos, semejante al velo que tenian ya en su corazon, y que les ocultó á Jesucristo; y que los sacerdotes y los fariseos se habian ya abiertamente declarado contra él; que sus milagros solo servian para irritarles mas y hacérselo mas odioso; que habia ya reventado su odio

desde que se habian creído despreciados, esto es, desde que se los habia arrancado la máscara de su hipocresía; que los vicios que mas ciegan el espíritu, y que esparcen mas densas tinieblas en el corazón son el orgullo y la envidia, cuando se ven ya desesperadas en sus inicuos planes por el mérito y la virtud de un hombre extraordinario: que estas pasiones no pueden quedar satisfechas sino por medidas crueles y violentas; y por último, que por este camino debían quedar cumplidos los profundos consejos del Padre celestial sobre su Hijo, según los profetas, y según lo observa San Juan. “Por mas que Jesucristo hubiese obrado delante de los judíos tantos milagros, no creyeron en él, á fin de que se cumpliese aquel vaticinio del profeta Isaías: Señor, ¿quién ha creído lo que oyó de nosotros? ¿Y de quién ha sido conocido el brazo del Señor? Por eso no podían creer; pues ya Isaías dijo también en tono profético: Cegó sus ojos y endureció su corazón, para que con los ojos no vean y en su corazón no perciban; por temor de convertirse y de que yo les cure. Esto dijo Isaías cuando vió la gloria del Mesías, y habló de su persona.”

Esto es lo que ha de cerrar la boca á todo el mundo. Predicho estaba que los judíos no creerían; que verían los mas estupendos milagros como si no los viesen, y que su corazón obcecado no haría el menor caso de lo que al parecer debía conmoverles mas. Por manera que hubiera sido una prevención contraria á Jesucristo si casi todos los judíos, fuertemente impresionados por la evidencia de sus milagros, hubiesen creído en él; pues los profetas habian predicho lo contrario, y dado como una señal por la que debía reconocerse el verdadero Mesías, la incredulidad casi general de la nacion respecto á él.

Créese que Marta siguió hasta la dispersion de los apóstoles, á su hermana y á las santas mugeres que embalsamaron el cuerpo de Jesus antes de colocarlo en el sepulcro.

Los escritores de la Iglesia primitiva nos han dejado pocos detalles sobre los últimos años de Marta, y parecen persuadidos que murió en Jerusalem ó en Betania.

Mas tarde ganó crédito la opinion de que Lázaro y sus hermanas, perseguidos por los judíos, despues de la Ascension de Jesucristo, y echados sobre un buque sin velas y sin timon, abordaron milagrosamente á Marsella. Muchas ciudades de la Provenza escucharon la voz de aquella piadosa colonia, que predicaba una nueva religion, y se convirtieron al cristianismo.

Segun este sentir, Lázaro fundó la iglesia de Marsella, Maria evangelizó la Provenza, y Marta reunió al principio algunas piadosas mugeres

en torno de sí, para enseñarles la práctica de la vida cristiana; despues pasó á Avignon, en donde dejó iguales vestigios de su tránsito, y vino por fin á morir en Tarascon, predicando la fé por la santidad de sus obras mucho mas que con la palabra. Pero sus reliquias no estuvieron allí en veneracion hasta fines del siglo XII en el que Imberto, arzobispo de Arles, consagró una iglesia levantada sobre el sepulcro de la santa, que se habia poco ha descubierto. La cabeza, separada de lo restante del cuerpo, fué colocada en 1458 en un relicario de plata dorado, en medio de una magnífica suntuosidad, presidida por René d'Anjou, rey de Jerusalem y de Sicilia. Veinte años despues el rey Luis XI hizo reemplazar el relicario de plata por una urna de oro maciso, artísticamente trabajada.

La fiesta de Santa Marta, que se celebraba en otro tiempo en 19 de Enero, fué trasladada á 29 de Julio, y los Griegos la han fijado en el cuarto día de Junio. Conocida es la leyenda que refiere que Santa Marta domó la tarasca ó dragon, monstruo terrible que desolaba las comarcas de las orillas del Ródano, y es sabido también que esta leyenda suministró á Cárlos Vanlóo materia para uno de sus cuadros mas estimados que adorna en el día la iglesia de San Jaime en Tarascon. El grande pintor de asuntos religiosos en la escuela francesa, Eustaquio Lesueur, hizo una composicion admirable, representando á Marta que se queja al Salvador de no ser ayudada por Maria, en los preparativos del convite: todas las testas tienen su carácter propio, espresado con sublimidad. Jouveuet pintó también este asunto, y además á Marta en el sepulcro de Lázaro. Este último cuadro, de una distribucion magnífica y de un bellísimo colorido, lleno de grandiosidad y de espíritu religioso, fué hecho para la iglesia de la abadia de San Martín, y ahora se halla en el museo del Louvre.

Por lo demás la escena de la resurreccion de Lázaro puede ejercitar el mas delicado pincel, y producir un verdadero prodigio del arte. Una sorpresa de nuevo género pintada en el semblante de los circunstantes, mezclada en las dos hermanas con la espresion del gozo y del reconocimiento; el rostro sereno del Salvador, radiante de majestad y de poder, y las pálidas y desencajadas facciones del cadavérico cuerpo que va cobrando animacion y vida, y para cuya situacion singular no hay modelos que imitar en la naturaleza, pueden acreditar en el artista un tacto muy delicado y un talento sublime.

Consagremos un momento á las creaciones espléndidas del entusiasmo religioso con que el autor de la *Mesiada* embellece algunas de las escenas del hermano de Marta. En el canto IV presenta á Lázaro y á sus dos hermanas, á Samida, al huérfano de Naim, á la hija del Jairo y á

otros personajes, que vienen en busca de Jesús, cuando éste se dirige por última vez á Jerusalem para la celebracion de la Pascua
 Lázaro camina al lado de la Madre del Señor,
 Lázaro el resucitado!
 Que vió del sepulcro helado
 El hondo y tétrico horror!

Fija su mirada tiene
 En la tierra que va hollando,
 Mas la idea que le viene
 Y el pensar que le entretiene
 Al cielo se va elevando.
 Su fantasía ardorosa
 Le pinta el instante fuerte
 En que á la voz portentosa
 Sacudió desde la losa
 Las cadenas de la muerte,
 Y del polvo levantóse
 Y pareció ante el Mesías
 Y en su lecho incorporóse,
 Y su cuerpo estremeciése
 En sus envolturas frías.
 Cual si de un sueño ligeró
 Le despertaran en pos,
 Del abismo lastimero
 Donde dormía primero
 Vióse delante de Dios.
 Seguro está que el morir
 No devora la existencia;
 Pasa á mas bello vivir
 El alma que ha de existir,
 Siendo inmortal por esencia.
 Su sosegado semblante
 Respira calma sublime
 Y aquel gozo embelesante
 Que sienta el cristiano amante
 Aun cuando el dolor le oprime.

En el canto X, mientras las almas de los patriarcas y de los profetas

se han reunido bajo las palmeras del Gethsemani, en donde se ocupan de los sufrimientos del Redentor; mientras las almas de Juan el Precursor, de Mirian y de Débora esprimen su dolor por medio de lúgubres y solemnes cantos, y los fieles agobiados de tristeza se alejan del Gólgota, el hermano de Marta sigue á Lebeo en medio de los sepulcros en donde este discípulo se habia refugiado; y le consuela, haciéndole participar de las emociones proféticas que siente desde que Jesús le ha resucitado.

Por la agonía de Jesús, los fieles

Tanta amargura viendo,

De dolor fiero el alma desgarrada,

Se dispersan gimiendo,

Con lento paso aléjase Lebeo

Amante del Mesías,

A divagar errando solitario

Entre las tumbas frías,

Recorriendo al ázar y silencioso

Sus bóvedas oscuras,

Como fantasmas del dolor contemplo

Las lúgubres figuras

De un monumento fúnebre á los restos

Su planta se detiene,

Y vacilando en las heladas piedras

Apenas se sostiene

Sobre yertos escombros sepulcrales

Apóyase su frente,

Y en tinieblas densísimas y negras

Abismase su mente.

Tinieblas mas oscuras y palpables

Que la niebla sombría

Que en aquellos momentos gravitaba

Sobre la tierra impia.

En aquel instante mismo Lázaro se presenta á la entrada de los sepulcros, y con un acento suave pero magestuoso, dice el discípulo:

No así te dejes dominar medroso

Por ese desaliento que desmaya,

Alza esta frente que parece quiere

Sondear de la muerte las moradas.

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

¿Tú ya no me conoces? ¿qué! ¿tan presto
 La misma voz de aquel á quien amabas
 Seria para tí desconocida?
 ¿Tan pronto tú podias olvidarla?
 ¿De Lázaro la voz? ¿voz del amigo
 Cuya muerte con lágrimas amargas
 Hace poco plañías? ¿de aquel mismo
 Que el divino poder de la palabra
 Del gran profeta que en la cruz espira
 A la vida llamó? Cuando arrobada
 En amorosos éxtasis de gozo
 Por verme renacer estuvo tu alma,
 Recuerda, y el afán y la ternura
 Con que resucitado me mirabas,
 Cuando la destruccion con férreo ceño
 Sobre mí inexorable gravitaba.
 Recuerda nuestros plácidos coloquios
 Sobre la maravilla soberana
 De mi vuelta á la vida. . . . Lloro, llora
 Al Maestro querido, que tan larga
 Angustia sufre en el sangriento leño;
 Mas temple tu dolor con la fé santa
 De que, con solo su querer divino,
 Triunfante del Gólgota bajara;
 Y aun cuando durmiera sobre el leño
 El sueño de la muerte, que le acata,
 ¿Puedes temer que fuese para siempre?
 ¿Jesus puede morir? ¿quién de la nada
 Con su voz de poder sacó los mundos,
 Presa seria de la tumba aciaga?

Así dice, estrecha á Lebeo entre sus brazos y le acompaña fuera de los sepulcros. Llegados sobre la pendiente de una colina, Lázaro señala al tembloroso discipulo el punto en donde se levanta la fiera Jerusalem, siempre envuelta en espesas tinieblas, y le dice:

¡Mira! ¿no ves? ¿la noche tenebrosa
 Que sobre toda esta region gravita,
 Acaso no proclama á nuestros ojos
 La presencia de Dios? ¿viste en tu vida

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Una noche jamás cual esta noche,
 Ni una naturaleza tan sombría?
 ¿Tu padre y tus abuelos al contarte
 De su largo vivir las maravillas,
 Te hablaron nunca de tinieblas tales,
 Ni de un dia sin luz cual este dia?
 No, no, mi amigo, no. Quiso el Eterno
 Que lobreguez solemne, nunca oída
 Cual antes de nacer la luz el caos,
 Envolveria la muerte del Mesias.
 El terror reina solo sobre el mundo,
 ¡Y allá en los cielos el terror domina!
 ¡Mudo estupor ha herido cuanto existe!
 La muerte de Jesus era precisa
 Para que se cumplieran del Escelso
 Sobre el triste mortal las altas miras.
 Desde que fluye la divina sangre
 De aquel Maestro que en la cruz espira,
 Siento una emocion inesplicable,
 Percibo un nuevo sér que en mí se anima,
 Cual si otra vez me alzara de la tumba
 A respirar del cielo nueva vida.
 Donde quiera que fije mi mirada
 Todo en torno de mí se santifica:
 En todos los objetos que me cercan
 Veo la mano del Eterno escrita:
 A mis oidos susurrantes suenan
 Armónicas y gratas melodías
 Cual velo de purísimos espíritus,
 Rumor que yo recuerdo percibia
 Cuando ya no pertenecía al mundo.
 Muy á menudo ante mis ojos brillan
 Rayos divinos de suave lumbré
 Que pasan cual relámpago á mi vista,
 Pero dejan al alma una paz dulce
 E inefable y purísima alegría.

Dice y se interrumpe de repente, como poseido de temor y de sorpresa.
 Qué tienes Lázaro? esclama Lebeo, ¿cuál es esta aparicion divina
 que te transporta en un santo éxtasis?

Y Lázaro responde con una voz baja y misteriosa:

Un inmortal ha pasado
 Ora delante de mí:
 Era rápido su vuelo
 Como es rápido el sentir
 De nuestros goces mas dulces:
 Sin duda nueva feliz
 Trae, ó mensaje del cielo
 Que hace mi pecho latir.
 ¡Ah! ya lo sé, lo penetro,
 Le siento dentro de mí.
 Jesus, cuyo nacimiento
 El ángel y el serafín
 En mil coros celebraron,
 Jesus, no puede morir
 Para siempre como el hombre,
 Ni es la corrupcion su fin.

Y arrojándose á los brazos de Lebeo, le hizo participar del contento inconcebible en que le habia sumido aquel rayo celeste que un ángel al pasar habia dejado caer sobre él.

